

# Perspectiva narrativa e investigación feminista: posibilidades y desafíos metodológicos

## Narrative inquiry and feminist research: methodological possibilities and challenges

Nicolas Schongut Grollmus

Autor referente: schongut@gmail.com

Universidad Autónoma de Barcelona – Universidad Gabriela Mistral

### Historia editorial

Recibido: 02/06/2014

Aceptado: 26/05/2015

### RESUMEN

El objetivo de este artículo es ofrecer un perfil teórico para comprender el uso de narrativas en un contexto de investigación feminista. El trabajo aborda las bases teóricas, epistemológicas y metodológicas para pensar posibles propuestas para procesos de investigación conjuntos entre la perspectiva narrativa y la investigación feminista, en el contexto de metodologías

críticas para la investigación cualitativa. Para esto, el artículo trabaja conceptos como narratividad y reflexividad en la investigación con el objetivo de interrogar las perspectivas de investigación más tradicionales, para favorecer la emergencia de nuevas perspectivas de investigación en un contexto post-positivista.

**Palabras clave:** Narrativas; Investigación feminista; Metodologías cualitativas. Reflexividad.

### ABSTRACT

The aim of this article is to offer a theoretical guideline to understand the use of narrative in a feminist research context. This work tackles the theoretical, epistemological and methodological ground to develop potential proposals for joint research process between narrative perspectives and feminist research, within the context of critical

methodologies for qualitative research. For this, the article tackles concepts such as narrativity and reflexivity in research, with the objective of questioning the more traditional perspectives in research, and so to favour the development of new research perspectives in a post-positivist context.

**Keywords:** Narratives; Feminist research; Qualitative inquiry. Reflexivity.

La perspectiva narrativa en ciencias sociales ofrece un campo conceptual y metodológico potencial para realizar investigación crítica; vale decir llevar a cabo procesos de investigación que tengan una motivación ética y política, comprometida con el cambio social y que promueva la emancipación del sujeto y la sociedad (Carten Stahl, 2008). El objetivo de este artículo es delinear los aspectos epistemológicos y metodológicos que hacen posible trabajar la perspectiva narrativa como una forma de investigación crítica en particular: la investigación feminista. Mi hipótesis de trabajo es que tanto la perspectiva narrativa como la investigación feminista tienen mucho que ofrecerse mutuamente para generar propuestas metodológicas conjuntas, particularmente en el estudio de problemas de investigación que requieran tanto de un abordaje del sujeto como de lo social.

La investigación feminista es un área de difícil exploración, algo que se debe a varios factores, por ejemplo, la cantidad de problemas epistemológicos, metodológicos y técnicos que pretende cubrir, o la resistencia que la teoría de género enfrenta en un mundo científico que tradicionalmente se ha definido desde el patriarcado (Harding, 1996). Una de las dificultades más curiosas es una que proviene desde la misma perspectiva de investigación feminista: corresponde al mito de que existen metodologías y técnicas de investigación que son feministas por excelencia. Esta crisis se ve profundizada porque la reflexión metodológica suele ser escasa en la investigación cualitativa, y frecuentemente la metodología se convierte en un apartado que opera como declaraciones de adscripción más que a una reflexión respecto al proceso (Chamberlain, 2012).

Dado que la idea central de este artículo es abordar las posibles articulaciones entre investigación feminista y la perspectiva narrativa mediante la problematización de la brecha entre sus aspectos epistemológicos y metodológicos, partiré con una revisión respecto a las bases de la investigación feminista, para luego realizar lo propio con las perspectivas narrativas de investigación, abordando algunos aspectos tanto históricos como disciplinarios al respecto. Finalmente, a partir de los conceptos de narratividad y reflexividad, trabajaré algunos posibles puntos de colaboración y diálogo entre las perspectivas narrativas y la investigación feminista.

### **Investigación feminista: la epistemología y la metodología como formas de acción política**

La investigación feminista es distinguible de una investigación no-feminista, en tanto la primera comienza en la premisa que la naturaleza de la realidad en la sociedad occidental es desigual y jerárquica (Skeggs, 1994). La investigación feminista está teñida por una preocupación específica por los aspectos teóricos, políticos y éticos en la investigación social, siendo ésta su característica distintiva (Ramazanoglu y Holland, 2002). La posibilidad que tenemos para pensar en una investigación feminista como una forma de investigación particular, es una que se ha abierto gracias a la reflexión que académicas feministas como Lorraine Code, Evelyn Fox Keller, Sandra Harding y Donna Haraway, entre otras, han hecho en torno a las relaciones entre masculinidad, poder y autoridad en el contexto de la producción de conocimiento (Doucet y Mauthner, 2006). En este sentido, la pregunta de Lorraine Code (1981) -¿es el sexo de la persona cognoscente significativo epistemológicamente?- permite abrir una serie interrogantes sobre el sesgo masculino que trae consigo la investigación científica en sus diferentes procesos de recolección, interpretación y organización de la información y la evidencia que compone el proceso de

producción de conocimiento (Doucet y Mauthner, 2006). En su constitución disciplinaria, la ciencia y la investigación científica tienen las mismas características que cualquier otro objeto cultural (Harding, 2006), de esta forma la ciencia también aparece en un contexto sociocultural de dominación patriarcal. Una investigación feminista se distingue de una investigación no-feminista porque revisa y crítica el proyecto ideológico del patriarcado en sus mismos procesos de producción de conocimiento. Al respecto existen una serie de trabajos que revisan estos procesos. En particular, me gustaría mencionar dos:

En primer lugar está el trabajo Evelyn Fox Keller (1991) que, desde una perspectiva epistemológica, aborda los efectos de la metáfora baconiana de la ciencia en el trabajo científico. La metáfora baconiana sugiere la idea de que la relación ciencia-naturaleza es la de un matrimonio “casto y en derecho” entre la mente masculina y la naturaleza femenina. En la medida que la metáfora matrimonial pone a la investigación científica como casta y pura, la fija dentro de unos límites regulados que la mantienen bajo control. Así, esta metáfora fija en la práctica científica las mismas lógicas de dominación con que opera el patriarcado (Fox Keller, 1991), tiñendo las concepciones epistemológicas baconianas con el mismísimo carácter opresivo patriarcal. En este sentido, se hace necesaria una primera aproximación al problema epistemológico de la ciencia, preguntándose por formas de hacer ciencia que contribuyan a la equidad, poniendo un énfasis central en la gestión de la relación sujeto – objeto en la investigación.

En segundo lugar, está el problema y la crítica a la objetividad -en su concepción tradicional- que emerge desde el feminismo. Desde el modelo científico que opera desde el patriarcado, la objetividad científica tiene al menos tres características -falaces según

Pérez (2008)- que permiten que funcione como un modelo *aséptico*. Estas son los supuestos de neutralidad, la autonomía y la imparcialidad de la ciencia. En palabras de Eulalia Pérez (2008):

La neutralidad de la ciencia significa que las teorías no implican ni presuponen juicios sobre valores no cognitivos y que las hipótesis o teorías científicas no sirven a unos valores no cognitivos concretos más que a otros. Pero la neutralidad valorativa no es la única característica que esta concepción atribuye a la ciencia, pues se considera que, además, es autónoma e imparcial. La autonomía de la ciencia denota que la ciencia progresa mejor cuando no está influida por valores o movimientos sociales o políticos. Y la imparcialidad supone que la única base para aceptar una teoría son sus relaciones con la evidencia y no valores no cognitivos.

De estas tres afirmaciones la condición más dura es la neutralidad porque conlleva que la base para aceptar los valores morales, políticos o sociales está separada profundamente de la evidencia que tenemos sobre las potencialidades humanas y sobre lo que sucede cuando la gente intenta poner en práctica estos valores. La neutralidad es menos una afirmación sobre el carácter de la ciencia que sobre la justificación de los valores políticos y sociales. (p. 91)

Las características otorgadas tradicionalmente a la investigación científica, desde epistemologías positivistas, han permitido restar los factores psicológicos, sociales, culturales y políticos del trabajo científico, como si éste se desarrollara en un éter descontextualizado y deslocalizado. La emergencia de las epistemologías feministas ha permitido pensar reapropiaciones de la noción de objetividad, que sean capaces de incorporar al proceso, no únicamente la evidencia empírica, sino también la crítica social, entendiendo que la práctica científica no solo se da en contexto social, sino que en sí misma es un proceso social (Pérez, 2008) y como tal no está exenta ni eximida de lo sociocultural. Una de las principales propuestas para generar alternativas a la objetividad tradicional, es la teoría de los conocimientos situados de Donna Haraway (1988), donde

propone una versión de la objetividad la cual es parcial, local y contextualizada, idea que surge de una fuerte interrogación a los binarismos sujeto-objeto tan significativos para las epistemologías heredadas. Para Haraway (1988), por un lado, las epistemologías positivistas y su realismo ingenuo parecieran proponer que el conocimiento aparece cuando se elimina la presencia de la persona observadora, vale decir, cuando se observa desde *ningún lado*. Por otro lado, las perspectivas relativistas que provienen desde epistemologías constructivistas parecieran asumir que la realidad no existe como objeto singular, y que como objeto plural puede ser observada *desde todos lados*. Ambas perspectivas se entrampan en la producción de conocimiento, en tanto para Haraway (1988) son totalitarias; vale decir que no reconocen la parcialidad de la mirada en la medida que ésta siempre se produce desde una posición específica. Adrienne Rich (2001) ya argumentaba en su ensayo de 1984 *Apuntes para una política de la posición*, como diferentes posiciones erigidas en base a la raza, al género, a la subjetividad, al contexto sociocultural, etc., son capaces de producir diferentes perspectivas sobre el mundo y los sujetos y objetos que lo habitan, en tanto esa posición deviene de una determinada caracterización histórica, semiótica y material. Con esta consideración, la alternativa realista y la relativista son tramposas; son incapaces de reconocer aquellos contextos parciales y finitos desde la cual la persona científica observa. De allí que una verdadera alternativa a la objetividad debe de emerger de una perspectiva verdaderamente diferente, que reclame la objetividad desde una lógica distinta, capaz de reconocer esa parcialidad en la producción de conocimiento. En este sentido Donna Haraway (1988) aboga por una epistemología de los *conocimientos situados*; una doctrina de la objetividad que privilegia las lógicas contestatarias, la deconstrucción y reconstrucción de la realidad, la imbricación de las relaciones sociales, al mismo tiempo que también se produce una transformación de los sistemas de conocimiento y las formas de ver el mundo.

Teniendo una base epistemológica que nos permita pensar una verdadera y real alternativa al positivismo, es luego necesario pensar sobre las estrategias y prácticas concretas que podemos desplegar para la concreción de una investigación feminista. En este sentido, podemos retomar un problema planteado en la introducción de este trabajo: un problema que aborda la (posible) existencia de un método de investigación auténticamente feminista, una pregunta por una *tecnología de la investigación social feminista* si se quiere pensar así. Sandra Harding (1996) ha desmitificado esta idea, dejando en claro que el problema siempre ha estado en la forma en que metodologías y técnicas han sido pensadas y utilizadas más que la naturaleza propia de éstas. Al mismo tiempo establece distinciones entre términos que muchas veces operan superpuestos, como lo son epistemología, metodología y método. La epistemología responde a la pregunta respecto al cómo se conoce y quién puede hacerlo, mientras que el método (o también técnica) corresponde a las técnicas de recolección de datos y de análisis de éstos. La metodología, en cambio, es más bien una teoría sobre cómo el proceso de investigación debe proceder: implica establecer una posición teórica, ética y política sobre nuestra práctica investigativa, que dé coherencia a la articulación entre nuestros supuestos epistemológicos y nuestros métodos. Una propuesta epistemológica adecuada debe tener coherencia entre sus supuestos epistemológicos, su propuesta metodológica y los métodos y técnicas escogidas para su práctica. Por lo tanto, en términos metodológicos y técnicos, si no existe una propuesta auténticamente feminista ¿que caracteriza a las metodologías y métodos feministas como tal? Primero hemos de reconocer que los métodos y técnicas de investigación son limitados:

Es válido afirmar que todas las técnicas de recopilación de información pueden clasificarse en cualquiera de las siguientes categorías: escuchar a los informantes (o interrogados), observar el comportamiento, y examinar vestigios y registros históricos. En ese sentido, sólo existen tres métodos de investigación social. Como se evidencia en muchos de sus estudios, las investigadoras feministas emplean cualquiera o los tres métodos -en este sentido preciso del término-, tal y como ocurre en cualquier investigación androcéntrica tradicional (Harding, 1996, p. 2).

En este sentido lo que caracteriza –en términos metodológicos y técnicos– a la investigación feminista, no es el privilegio de una metodología o método específico, sino más bien el uso que se hace de ellos. Así, y en coherencia con sus propuestas epistemológicas, la metodología y los métodos feministas no están caracterizados por su naturaleza en base a la clasificación de Sandra Harding (1996), sino más bien en sus prácticas concretas, en el sentido y en los significados que éstos cobren en pos de una investigación emancipadora, que sea capaz de hacer el mundo un lugar más habitable, más justo y más igualitario.

### **Narrativa e investigación social: la necesidad de nuevos abordajes.**

A comienzos de la década de los ochenta toma lugar lo que se ha denominado como el giro narrativo (Czarniawska, 2004), un momento donde las ciencias sociales comienzan a interesarse por objetos que tradicionalmente tenían lugar en la literatura y las humanidades: las narrativas (Denzin y Lincoln, 2000). Desde el giro narrativo, el análisis de distintas narrativas comenzó a permear en disciplinas al interior de las ciencias sociales; Walter Fisher puntualizó la importancia del análisis narrativo en ciencia política, Jerome Bruner y Donald Polkinghorne hicieron lo mismo en psicología, mientras que a comienzos de la década de los noventa también comienzan a instalarse diferentes formas de análisis cualitativos en economía mediante el uso de narrativas (Czarniawska, 2004). Así durante los treinta años sucesivos a este giro, las narrativas han ido cobrando fuerza y

generando espacios al interior de las ciencias sociales, especialmente durante los últimos años, cuando han ido ganando credibilidad, especialmente en lo metodológico y como un enfoque de investigación (Richards, 2011). Sin embargo las definiciones acerca de qué son y qué papel cumplen las narrativas en las ciencias sociales, como efecto de esta masificación en el estudio y el uso de lo narrativo, han llevado a crear un término polisémico: dentro de las ciencias sociales el uso del concepto narrativa y sus derivados rara vez tiene el mismo sentido (Cabruja, Íñiguez, y Vázquez, 2000; Hyvärinen, 2012). La narrativa ha sido concebida como una forma de comunicación significativa (Fisher, 1989), como un esquema psíquico/cognitivo (Polkinghorne, 1988) o incluso como una forma de pensamiento divergente del lógico-científico (Bruner, 1991), por nombrar algunas de las definiciones que emergen de trabajos relevantes acerca de la narrativa entre muchos otros. Las narrativas han sido pensadas como un componente separado de la experiencia humana o –en la vereda opuesta– como una cualidad inseparable al ser humano. Pero sin importar el estatus ontológico de la narrativa, cada comprensión de ésta se ha enfocado en comprender cómo organizamos nuestra realidad y experiencia, convirtiendo a las narrativas en una herramienta epistemológica (Adams, 2008). Sin embargo muchos de los estudios y de las prácticas narrativas en ciencias sociales se han focalizado en la narrativa como producto/efecto de la organización de la experiencia y la producción de significado, privilegiando una sola posición epistémica: la de quien narra (Striano, 2012). Si bien este abordaje de lo narrativo ha sido muy útil en las ciencias sociales durante los últimos treinta años, es necesario revisarlo e interrogarlo en virtud de los contextos culturales, políticos y sociales vigentes; ni los escenarios de la investigación social ni de la investigación cualitativa son los mismos a aquellos que eran actuales a comienzos de la década de los ochenta. La narrativa ya no es sólo un dispositivo individual para la construcción de significado, si bien históricamente nos hemos enfocado en la narrativa

como producto individual, es necesario también enfocarse en sus procesos, observando los artefactos culturales utilizados para producir narrativas, los actores y las actrices sociales involucradas, los cambios en las formas de interacción, en los procesos de negociación, etc. (Striano, 2012). Este proceso implica que debemos sospechar de la narrativa como únicamente un producto individual, es necesario también comenzar a cuestionar sus posibilidades como un producto sociocultural (González Monteagudo, 2011). De esta forma el estudio y la práctica de lo narrativo en la investigación social enfrenta el desafío de interrogar las bases epistemológicas, teóricas y metodológicas que permiten sostener una perspectiva de investigación narrativa en las ciencias sociales.

Como he mencionado, el objetivo de este artículo es sentar algunas bases epistemológicas y metodológicas para el uso de narrativas en la investigación social, pero desde un lugar específico: las perspectivas de investigación feministas. Ésta no es una relación antojadiza, tanto la incorporación de lo narrativo como del feminismo en las ciencias sociales han obligado a las académicas e investigadoras<sup>1</sup> a revisar y discutir respecto a las formas en que conocemos, siendo tradiciones que han producido giros en el pensamiento de la vida psíquica y social. Por medio del abordaje de aquellas conexiones entre lo epistemológico y lo metodológico, la hipótesis de trabajo en este artículo es que se pueden desarrollar prácticas para una investigación social crítica; vale decir políticamente comprometida, socialmente transformadora y productora de conocimientos responsables (Carsten Stahl, 2008), mediante una relación mutuamente implicada entre la perspectiva narrativa en ciencias sociales y la investigación feminista. Las implicaciones ético-políticas de la investigación narrativa son particularmente

---

<sup>1</sup> Con el objetivo de mantener un lenguaje no sexista, se ha utilizado en el genérico el uso del singular y plural femenino en tanto es una elipsis que sustituye los [hombres] investigadores por las [personas] investigadoras. Esto se ha extendido a todos los sustantivos genéricos utilizados.

importantes de pensar dado el potencial de subversión y transformación que una narrativa tiene, haciendo de esta perspectiva de investigación un lugar significativo para ser pensado desde la investigación feminista (Elliott, 2005).

### **Un muy breve recorrido respecto al giro narrativo y sus efectos<sup>2</sup>**

En el comienzo de su estudio las narrativas se encuentran fuera de las ciencias sociales; algunos de los primeros análisis narrativos pertenecen al estudio hermenéutico de los *libros sagrados* de las religiones, como lo han sido el estudio de la Biblia, el Talmud y el Corán (Czarniawska, 2004; Polkinghorne, 1988). Posteriormente es la academia quien se ha apropiado del análisis narrativo, especialmente dentro de las humanidades y los estudios literarios. Uno de los puntos importantes en ese recorrido fue el libro editado en 1928 *Morfología del Cuento Ruso* de Vladimir Propp, especialmente su segunda edición en 1968, que traducida al inglés y al francés tuvo gran impacto en las ciencias sociales. Durante este momento el trabajo con narrativas es más sobre éstas que desde ellas, y primordialmente se trata de análisis estructurales de la narrativa donde resalta, por ejemplo, el trabajo de Roland Barthes en su artículo *Introducción al análisis estructural de relatos* de 1966 (Hyvärinen, 2012). Posteriormente, durante la década de los setenta, la sociolingüística de William Labov comenzó a preocuparse de las narrativas cotidianas, definiéndolas como un aspecto clave para comprender narrativas más complejas (Czarniawska, 2004). El comienzo de la década de los ochenta da lugar al giro narrativo (Hyvärinen, 2012), las ciencias sociales comienzan a mirar las narrativas ya de forma directa como posible objeto de estudio que trasciende la función de ser un mero registro

---

<sup>2</sup> En virtud del espacio disponible para este trabajo, este apartado pretende resaltar a grandes rasgos los orígenes, principales puntos de inflexión y efectos del giro narrativo para el desarrollo de una perspectiva narrativa dentro de las ciencias sociales. Para profundizar en este punto se aconseja revisar Polkinghorne (1988), Czarniawska (2004) y Hyvärinen (2012), cuya bibliografía completa se encuentra en el listado de referencias.

de datos (Gorlier, 2008). Los trabajos de Fisher, Polkinghorne y Bruner entre otros, son el punto de inflexión para la constitución de una perspectiva narrativa en las ciencias sociales, vale decir, el establecimiento de la narrativa como un campo de estudio en sí mismo. Pese a la existencia de diferentes líneas dentro de la perspectiva narrativa (Bamberg, 2012), entre ellas hay algo importante en común, se han centrado tradicionalmente en la definición de la narrativa como un dispositivo fundamentalmente individual que rescata sus pequeñas y grandes historias (Esteban-Guitart, 2012): por ejemplo para Polkinghorne (1988) la narrativa es un esquema cognitivo, Bruner (1991) la define como una forma de pensamiento, y Kohler Riessman (2001) la entiende como un método de investigación que no fragmenta los relatos del sujeto. Esta focalización de lo narrativo como construcciones individuales, aunque reconoce la influencia de lo sociocultural, sigue poniendo el origen en el individuo, y particularmente en lo psicológico. Esto ha llevado a que en sus aplicaciones como técnicas y métodos de investigación muchas veces la aplicación de lo narrativo termine por ser una entrevista en profundidad más que un método diferente que opere desde otra perspectiva (Esteban-Guitart, 2012). El cruce transdisciplinario que constituyó el giro narrativo se ha ido diluyendo con la institucionalización propia que conlleva el desarrollo de la perspectiva. La narrativa termina por sedimentarse en tecnicismos metodológicos, perdiendo así su potencial de transformación y acción (Rodríguez, 2002).

### **Metodologías narrativas y psicología social crítica: prácticas de reciprocidad, colaboración y co-escritura.**

En esta sección intentaré delinear cómo es que algunas prácticas de investigación narrativa se han convertido en herramientas para desarrollar una investigación crítica y feminista dentro de la psicología social. Las perspectivas críticas en las ciencias sociales

se han constituido como alternativas a abordajes más convencionales en la psicología social (Cabruja et al., 2000). La psicología crítica –y de forma similar a la investigación feminista- emerge como una disciplina que es especialmente sensible a la producción histórica de conceptos, y que para favorecer ese abordaje no prescribe bases epistemológicas específicas (Parker, 1999). Por el contrario la psicología crítica y las perspectivas críticas en general tienden a ser transdisciplinarias, siendo precisamente ese cruce disciplinario el que permite posicionarse críticamente (Parker, 1999). El giro narrativo fue un movimiento transdisciplinario, que permitió tomar estos objetos que provenían de las humanidades e irlos diferenciando de otros conceptos emergentes. Una narrativa, a diferencia de la idea de narración, no se constituye como una forma de comunicación ni como el efecto del acto de contar un relato. Una narrativa es un esquema que permite al sujeto y a las comunidades organizar la experiencia para dotar significado a los objetos y sujetos que cohabitan con ellas, donde el esquema y la experiencia se implican mutuamente, dándose forma el uno al otro (Polkinghorne, 1988). Asimismo es una herramienta que permite mostrar la experiencia –individual y colectiva– desde una perspectiva situada (Sparkes y Devís, 2007). Al acercarnos a la investigación cualitativa desde una perspectiva crítica, la narrativa se puede pensar como un acto performativo, en tanto produce la experiencia y los significados de ésta en el acto de nombrarla. Para Adams (2011) la narrativa es una forma de materializar el discurso, en tanto lo localiza en un sujeto que encarna una determinada posición psíquica, social y cultural. Sin embargo ¿son narrativa y discurso conceptos homologables? Desde la psicología discursiva, el discurso puede entenderse como un set de prácticas lingüísticas que promueven determinadas formas de relación social (Íñiguez y Antaki, 1994), al mismo tiempo que critica la idea del yo como un conjunto de características privadas del individuo (Garay, Íñiguez, y Martínez, 2005). La perspectiva narrativa, dentro de la psicología social,

propone una alternativa a esta idea de yo. Tras una narrativa necesariamente hay un yo, pero que no es predefinido, estático ni continuo: es un yo narrador/narrado que se produce a sí mismo a la vez que teje su discurso. Aunque relacionadas mediante el uso del lenguaje, el aspecto que diferencia la perspectiva narrativa de la idea de discurso “es el énfasis que la Psicología narrativa le confiere a la experiencia humana tal y cómo es vivida e interpretada por cada persona” (Garay et al., 2005, p. 120). Si bien las nociones de yo e identidad han sido ampliamente criticadas, lo que me interesa resaltar hasta este punto es que en la narrativa siempre hay *alguien*. La narrativa permite localizar desde dónde emergen las historias, en tanto hay un sujeto que se relaciona íntimamente con ella, diferenciando la narrativa de otros objetos y textos en psicología y ciencias sociales (Peterson y Langellier, 2006). Así no todo texto o discurso es necesariamente una narrativa. La pregunta y camino obvios para continuar serían entonces preguntarse qué o quién está en la base de una producción narrativa, cómo conceptualizamos a la narrativa en sí misma, y qué prácticas de investigación se desprenden de éstas. Sin embargo optaré por el camino inverso, estas preguntas me las he planteado yo y otras investigadoras con anterioridad (por ejemplo en Autor, 2014), donde con el objetivo de buscar una metodología que fuese coherente con la posición epistemológica que habíamos asumido en ese proyecto –la teoría de los conocimientos situados de Donna Haraway (1988) –, llegamos a la propuesta de Producciones Narrativas (PN) de Balasch y Montenegro (2003), basada en la co-escritura de narrativas entre investigadora y participante. Las prácticas de co-escritura encuentran en su origen similitudes con la propuesta de entrevista narrativa de Martin Bauer (1996). Ésta es una forma de entrevista en profundidad e inestructurada que evita el esquema pregunta-respuesta, donde la entrevistadora termina por imponer ciertas estructuras que se desarrollan en tres niveles: la selección de temas específicos de conversación, el ordenamiento de las preguntas y la

selección de la fraseología utilizada (Bauer, 1996). La idea es obtener una perspectiva de la participante de una forma menos impuesta, favoreciendo una escenificación que ayude a la emergencia de relatos en vez de la respuesta a preguntas concretas. La propuesta de las PN parte desde este punto, pero varía respecto a la producción de un texto de investigación: mientras Bauer (1996) sigue utilizando una transcripción ad verbatim, Balasch y Montenegro (2003) apuestan por la producción de un texto narrativo. La investigadora utiliza sus propios recursos lingüísticos para transformar los pequeños relatos y micro conversaciones de la entrevista en un solo texto narrativo. Este texto es entregado a la participante para que pueda editarlo tantas veces sea necesario, y que la narrativa recoja su visión frente al fenómeno de estudio. Las PN como prácticas de escritura compartida corporeizan las redes de relaciones e interacciones que emergen en un contexto dado, donde el lenguaje y la narración son acciones performativas (Balasch y Montenegro, 2003). Como un efecto de las idas y venidas del texto en el trabajo de edición de la narrativa, el producto final no es solo la reconstrucción de la experiencia ni una representación de ésta, sino que es un texto que expresa una visión del fenómeno desde una perspectiva situada. Otro efecto de la técnica de las PN es que el trabajo de edición de la narrativa que se da en las sesiones posteriores a la entrevista produce textos con una alta coherencia interna. Los textos de campo que se producen con las PN no solo constituyen una reorganización de la experiencia de las participantes, sino que da un paso en torno a la teorización de la experiencia de la participante, que se articula en la relación entre ésta y la investigadora (Balasch y Montenegro, 2003). Lather (1986a) describe este proceso como *teorización colaborativa*, y es posible por medio del uso de la reciprocidad en el proceso de investigación. La reciprocidad opera como un proceso de negociación mutua respecto al poder y los significados no solo de las palabras y el lenguaje, sino también del proceso y las acciones producidas en ese contexto.

Las PN como propuesta metodológica no incluyen directamente el trabajo de Patty Lather en su conceptualización, pero sin duda que ambas tienen mucho en común. Lather (1986a) afirma que una perspectiva de investigación en un contexto post-positivista debe ser emancipadora si pretende ser una crítica al status quo y apunta hacia la producción de igualdad entre los seres humanos. Esto es lo que ella define como *investigación como praxis*. Este abordaje –proveniente de estrategias de investigación feminista– afirma producir un conocimiento emancipador por sobre un conocimiento neutral (en términos de valores sociales), con el objetivo de generar mayor conciencia respecto de las contradicciones escondidas o distorsionadas en las comprensiones de lo cotidiano, dirigiendo la atención de la investigadora y las participantes a las posibilidades de transformación social inherentes al proceso de investigación (Lather, 1986a). En este sentido tanto la propuesta de las PN como la noción de investigación como praxis, cuestionan el paradigma de la hiper-objetividad tradicional del conocimiento, por medio de prácticas colaborativa y de reciprocidad en la investigación. Este tipo de abordajes evitan entrevistas rápidas y descontextualizadas donde la participante se convierte únicamente en una fuente de información (Chamberlain, 2012).

Lather (1986a), en su enfoque de investigación como praxis, considera que la reciprocidad debe llevarse a cabo durante todo el proceso de investigación, y no únicamente en sus fases tempranas. Las metodologías que se consideran colaborativas pero que al mismo tiempo restringen la colaboración y reciprocidad al trabajo de campo, pueden tener dos problemas. En primer lugar, la investigadora puede terminar imponiendo sus propios significados sobre la experiencia de las participantes (Lather, 1986a). En la medida que las narrativas emergen como una forma de organizar la experiencia y producir

un significado en torno a ésta (Polkinghorne, 1988), este es un tema especialmente sensible en la propuesta de las PN, en tanto la colaboración y co-escritura solo están presentes en el trabajo de campo. Una vez que se acuerda la finalización de la narrativa entre investigadora y participante, ésta última ya no tiene ningún papel desde el que colaborar, en la medida que el texto final es escrito por la investigadora, que puede terminar por imponer sus propios significados por sobre los de la participante de forma consciente o inconsciente. En segundo lugar, las PN apuestan por un enfoque de análisis no interpretativo de los textos de campo (las narrativas), en tanto “la interpretación se produce no por la igualdad entre la investigadora y el objeto investigado, sino, al contrario entre ambos horizontes, cosa que genera la necesidad de un acto interpretativo” (Balasch y Montenegro, 2003, p. 47). En las PN investigadora y participante están articuladas mediante las conexiones situadas que se expresan mediante la narrativa, de ahí que la interpretación no sirve a ningún propósito. Lather (1986a) es capaz de establecer una diferencia con este tipo de metodologías: por medio del uso de un enfoque que dependa únicamente de la perspectiva de las participantes, o en el otro lado, un enfoque solamente interpretativo, la investigadora puede encontrarse con diferentes problemas. Para Lather (1986a) es tan inadecuado un paradigma exclusivamente interpretativo como uno que dependa plenamente de las palabras de los participantes<sup>3</sup>.

Una narrativa dependerá de dos cosas: primero, en un enfoque fuerte sobre la dimensión simbólica presente en la co-construcción de significado, y segundo, en que la

---

<sup>3</sup> Un enfoque únicamente interpretativo se basa en la suposición de una acción completamente racional, mientras que un enfoque que dependa únicamente de la palabra del participante, en la medida que estas también pueden estar afectadas por fenómenos como la idealización, falsa conciencia, etc. Para Lather (1986) lo central es un enfoque que permita entender que la realidad va más allá de la negociación respecto a la definición de la realidad, sino que constriñe a investigadora y participante como entes que dan forma y también son formados por el mundo.

interpretación es fundamental para establecer esa relación de significación (Cabruja et al., 2000). Al descartar los paradigmas interpretativos de pensamiento, las PN terminan por ignorar parte de la complejidad que determina la teoría narrativa, reduciendo la importancia de las prácticas colaborativas en la producción de narrativas al reconocimiento de las conexiones que permiten su emergencia. Si bien la incorporación de una perspectiva situada a la narrativa es una contribución importantísima para establecer abordajes metodológicos críticos en la investigación narrativa, es necesario reconocer los diferentes niveles de complejidad de lo narrativo, como el papel que una narrativa cumple en la organización de la experiencia y la producción de significado que operan hacia una comprensión de nuestras realidades compartidas, características que hacen al sujeto un actor clave en la narrativa.

La narrativa se vincula a un sujeto en la medida que es un efecto del acto de narrar, una acción que lleva a cabo un sujeto narrativo (Day Sclatter, 2003). En este contexto la subjetividad no es ni externa ni interna al individuo, ni siquiera es un producto de las interacciones entre ambos horizontes. Para Day Sclatter (2003) hay un sujeto narrativo que se produce como proceso en lo psíquico y lo sociocultural, constituyéndose así como un espacio transicional. La narrativa, enmarcada en los límites de lo psíquico y lo sociocultural, está íntimamente anudada a este sujeto como un dispositivo dinámico que le permite a éste negociar constantemente su posición identitaria en el mundo (Day Sclatter, 2003). Una narrativa entonces, como texto de investigación, no es un objeto representativo sino que se constituye como un lugar de encuentro, permitiéndonos subvertir la relación sujeto-objeto de las perspectivas de investigación tradicionales. Podemos pensar la narrativa como un texto de investigación abierto y dinámico que se produce en un encuentro entre sujeto a sujeto que se constituye en un contexto y una

posición específica. El próximo apartado lo dedicaremos a las implicaciones de trabajar metodologías narrativas bajo una comprensión de éstas como un encuentro de sujeto a sujeto.

### **Narratividad y reflexividad.**

Si queremos interrogar las posibilidades, límites e implicaciones de la narrativa como un encuentro sujeto a sujeto, es necesario primero examinar algunas de las premisas epistemológicas que están a su base. Los enfoques tradicionales de la investigación científica, como así también sus métodos y metodologías, están basados en la metáfora baconiana de la ciencia, donde ésta emerge de un maridaje entre la Mente y la Naturaleza. Ésta última constituye una *novia* que debe ser dominada, transformada y reprimida por la Mente (del científico) (Fox Keller, 1991). Esta metáfora generizada de la ciencia provee las bases para la relación sujeto-objeto de las perspectivas positivistas.

El género opera como una categoría primaria en la organización social (Ropers-Huilman y Winters, 2011) y la ciencia, como una disciplina inmersa en lo social, no es una excepción a este esquema (Harding, 2006). En éste los pares objetividad-masculinidad y subjetividad-feminidad han definido estos términos bajo supuestos naturalizados, que han sido cristalizados en la mitología popular como impersonal, racional y público para el primero, e irracional, emocional y privado para el segundo (Fox Keller, 1991). Pese a que las teóricas, investigadoras y activistas feministas han discutido y abierto este sesgo de género de los enfoques científicos tradicionales, esta dicotomía aún constituye un tópico importante en la ciencia contemporánea, en tanto es una discusión sobre las ideologías tras la ciencia y cómo se implican en los conocimientos que produce (Pérez, 2008). Al reconocer este sesgo muchas autoras feministas, desde campos muy diversos del conocimiento, han logrado desarrollar nuevas alternativas epistemológicas y

metodológicas. Estas alternativas tienen una influencia directa en la dirección y resultados de un proceso de investigación dado, pero los métodos son los mismos que en otras perspectivas de investigación, pero pensados en teorías del conocimiento que desafían las ideas de conocimiento neutral (Ropers-Huilman y Winters, 2011). En este escrito he insistido previamente en la necesidad de pensar las perspectivas narrativas de investigación desde una posición feminista para potenciar sus aspectos críticos y emancipadores. Esta idea se sostiene en tanto las investigadoras feministas han desarrollado distintas herramientas teóricas para hacer inteligibles las experiencias, vidas e historias de las mujeres, en la medida que el plural *mujeres* ha sido un grupo marginado en el contexto histórico de la dominación patriarcal. Sin embargo estas herramientas no solo han servido para escuchar y entender la multiplicidad de voces que están detrás de lo que se ha *etiquetado* como mujeres. La emergencia de los estudios sobre feminismo y raza, LGBT, nacionalidades y otras intersecciones sobre la identidad, nos han ayudado a entender cómo el género se vive y se experiencia en distintos contextos (Ropers-Huilman y Winters, 2011), estableciendo la relevancia de pensar la producción de conocimiento desde una política de la posición. ¿Por qué no utilizar estas mismas herramientas para hacer inteligibles otras posiciones críticas en las ciencias sociales? Con el objetivo de rearticular esas voces críticas y situarlas en contextos sociales, históricos y culturales desde donde se han producido, las teóricas feministas han abogado en favor de revisar cómo producimos la ciencia y sus conocimientos, y cómo podemos cambiar esas promesas de conocimientos trascendentes y universales que la objetividad nos ha ordenado, hablada siempre desde *una* voz masculina (Haraway, 1988). Es necesario desarrollar prácticas que nos permitan reconocer e interrogar nuestras tecnologías semióticas para producir significado (Haraway, 1988). Desde el positivismo, la búsqueda de una verdad última ha reducido la pregunta epistemológica a una pregunta

metodológica, ha trocado la pregunta del cómo llegamos a conocer, por una pregunta sobre las tecnologías de conocimiento (Rodríguez, 2002). Este reduccionismo epistemológico nos sitúa frente a una falsa creencia en la cual solo mejorando nuestros métodos y metodologías podremos conocer mejor. Mas esta pregunta tiene algo de verdad, pero no en el sentido en que se le piensa desde la ciencia positivista. Necesitamos revisar y mejorar nuestra metodología de investigación, como una consecuencia de pensar diferente respecto al cómo conocemos. Lo que se encuentra tras el sesgo de género de la ciencia tradicional no es un asunto metodológico, sino epistemológico. Haraway (1988) aboga por la creación de nuevas metáforas respecto a la producción de conocimiento, y es en este punto donde fallan muchos abordajes metodológicos, pues siguen operando desde las metáforas baconianas. Chamberlain (2012) habla respecto al cómo la simplificación de la idea de metodología pone en peligro nuestra investigación, en tanto se termina por utilizar *metodologías de estantería*, obviando la importancia de enganchar con las premisas epistemológicas de las metodologías y métodos de nuestra investigación. Gran parte de las *metodologías de estantería* están centradas en tecnificar métodos de investigación que se cristalizan como cadenas fordistas de la producción de conocimiento, o si no están contruidos sobre categorías teóricas pre-existentes, lo que considero que en el caso de las PN puede llegar a ser un problema, en la medida que esta propuesta se enfoca fuertemente en desarrollar una técnica que produzca conexiones situadas, perdiendo así perspectiva sobre el sujeto y la subjetividad, un aspecto clave de las perspectivas narrativas de investigación. Es precisamente el enganche con estas propuestas, la forma en que debemos interrogar nuestras tecnologías semióticas, en cuando que –propuestas como las PN– son técnicas de investigación innovadoras, pero que tienen espacio para seguir creciendo como herramientas críticas.

¿Qué premisas epistemológicas operan tras la idea de la narrativa como un encuentro sujeto a sujeto? ¿Qué tecnologías semióticas se constituyen en la investigación narrativa? Rodríguez (2002) aboga en favor de comprender la narrativa como algo más que una metodología o técnica de investigación. Las narrativas operan como una forma vital, un punto de vista para estar y participar del mundo. Así mirar lo narrativo como solo un método de investigación cualitativa de-politiza nuestra comprensión de las narrativas (Rodríguez, 2002).

Una narrativa no solo es una forma de entender y organizar nuestro mundo y nuestras experiencias, también nos permite tomar acciones sobre éstos. Producir un relato narrativo que sea capaz de performar una acción, implica hacer un relato con narratividad. Reconocer la narratividad como parte de nuestras metodologías nos empuja a hacer nuestra investigación como una praxis, y al hacerlo no solo hacemos nuestro mundo inteligible, sino que también nos comprometemos a éste en tanto los efectos que producimos, generando una relación de responsabilidad (Rodríguez, 2002). De ahí que la narratividad es fundamental en cualquier narrativa que pretende no solo comprender, sino también transformar nuestro conocimiento sobre el mundo. Este paso nos permite hacer de vuelta de lo metodológico a lo epistemológico dentro de las perspectivas narrativas. La narratividad es la cualidad que hace a una narrativa no algo únicamente presente, sino esencial en este proceso (Morson, 2003). En los siguientes párrafos intentaré describir qué es la narratividad, así como su importancia y sus implicaciones, para luego volver a ciertos aspectos epistemológicos y metodológicos de la narrativa como una perspectiva crítica en la psicología social.

Para Gary Saul Morson (2003) hay perspectivas que requieren de la narrativa para la

comprensión del mundo, y otras que no. Las últimas pretenden superar la narrativa como forma de inteligibilidad. Como un efecto de la fractura cartesiana y sus efectos sobre la objetividad y la subjetividad, gran parte del pensamiento Occidental ha estado dominado por perspectivas *anti-narrativistas*. Para estos enfoques tradicionales en la ciencia el conocimiento aparece cuando no se tiene una historia (Morson, 2003) y es en este punto donde algunos de los aspectos más revolucionarios de la narrativa aparecen, en la medida que podemos encontrar narrativas (y por extensión una historia) en algunas de las teorías científicas más revolucionarias. Morson (2003) da como ejemplo la Teoría de la Evolución de Darwin. En un mundo donde la ciencia newtoniana solo veía leyes y orden, Darwin percibió un mundo desordenado. La Teoría de la Evolución emerge como una narrativa de Darwin, una historia que se basa en los giros materiales de diferentes especies y organismos. Los diseños imperfectos de las especies evolucionadas son un testamento material que da cuenta de esas historias. La narrativa de Darwin respecto a la evolución, pese a que es una historia lineal y de causa-efecto directa, sigue incorporando una perspectiva narrativa en su relato.

Así una narrativa como historia compleja posee un alto grado de narratividad. Parafraseando a Patty Lather (1986a) respecto a la construcción de historias cuando pensamos la investigación como una praxis, una narrativa con narratividad fuerte es una historia que nos permite teorizar sobre nuestro mundo y sobre nuestra experiencia. Morson (2003) puntualiza algunas características esenciales sobre este tipo de narrativas. En primer lugar, la narratividad implica tener una perspectiva de proceso sobre nuestras historias. No se trata solo de enumerar eventos o hechos, sino de crear tramas y organizaciones que den cuenta de la complejidad de los fenómenos de nuestro entorno. Una cuenta de eventos no es narratividad. Polkinghorne (1988) también señala la

creación de tramas como un aspecto fundamental de la narrativa, en tanto una trama transforma un evento en una acción. Una acción tiene propósito y puede justificar un evento posterior. Sin embargo la trama no es necesariamente lineal y puede configurarse de diversas formas. Una vez que una historia tiene trama, podemos verla como proceso solamente por medio de una narrativa (Morson, 2003). Segundo, la narratividad siempre contempla un presente. Éste no es solo una consecuencia de eventos pasados. El presente tiene un peso en sí mismo como una locación crítica, ya que se constituye como la posición en la que nos encontramos como sujetos para leer e interpretar nuestro pasado y nuestra historia. No todos los momentos de una historia deben ser sobre el presente, pero éste debe aparecer en alguna forma, ya que es desde ese lugar que la narratividad se deriva (Morson, 2003). Tercero, la narratividad también tiene que ver con la contingencia. La contingencia permite la aparición de diferentes elementos en una historia. Se diferencia del azar porque en la contingencia las acciones dejan de venir *desde ningún lugar*, sino que se explican como un efecto o consecuencia de un evento anterior. Pero al mismo tiempo la contingencia tampoco es una forma de determinismo. Lo que viene del pasado justifica y explica lo que sucede en tiempo presente, pero no asegura ni garantiza un curso de eventos futuros (Morson, 2003).

Para Rodríguez (2002) son estas características de la narrativa las que permiten hacer investigación como praxis, empujando los límites tradicionales de la investigación cualitativa. Este movimiento fronterizo no refiere solamente a que reflexionemos sobre cómo la narrativa es un dispositivo para la construcción de significado. Es igualmente importante enfocarse en cómo la narrativa constituye un espacio potencial para usar estas posibilidades de producción de significado en la transformación de un mundo más justo y humano (Rodríguez, 2002). La narrativa no es solo un dispositivo organizador, al estar

constituida por historias y relatos está también dirigida a una audiencia. Articuladas en una relación dual entre el sujeto y lo social, la narrativa también es performada e interpretada (Cabruja et al., 2000). La narrativa permite hacer nuestra experiencia inteligible, como también producir significado sobre ésta. Pero al recurrir a la narrativa, y por ende al incorporarnos al lenguaje, tendemos a interpretar esas historias al mismo tiempo que producimos nuevos significados para ella. Es a través de estas relaciones que ganamos acceso a este mundo previamente construido, pero que al mismo tiempo contribuimos a su permanente reconstrucción y transformación (Cabruja et al., 2000).

Prestar atención en las formas en que construimos el mundo por medio de narrativas, implica también enfocarse en qué discursos y prácticas sociales han tenido privilegio narrativo (Adams, 2008; Cabruja et al., 2008). Estos temas levantan preguntas como: ¿Quién tiene privilegio narrativo? ¿Qué narrativas son escuchadas? ¿Qué prácticas discursivas y performativas tienen influencia en la forma en que configuramos nuestras historias? ¿Qué narrativas son resistidas, disputadas o apropiadas? Este tipo de preguntas nos sacan de un campo de verdades indisputables para llevarnos al campo del poder (Cabruja et al., 2000), poniendo nuestra atención sobre aspectos como la capacidad de una narrativa de movilizarnos (Rodríguez, 2002) o sobre otros asuntos de poder como quién puede contar historias y quién no (Adams, 2008). Pese a que el positivismo permanece como un enfoque ortodoxo en la investigación empírica, continuamos haciendo investigación crítica en un momento post-positivista (Lather, 1986b). Como el concepto de objetividad, tradicionalmente entendido, pertenece a un paradigma de investigación positivista, este giro nos obliga a revisar los criterios en que validamos el conocimiento científico, y a interrogar la idea de validez en sí misma (Lather, 1986b). Así no es posible, o es por lo menos incompatible, validar un proceso de

investigación situado en una perspectiva narrativa. La idea de validar el conocimiento científico para que sea confiable, se sostiene sobre la suposición de que los métodos de las ciencias naturales son extrapolables a las ciencias sociales. Esta suposición implica que los *inputs* sociales, culturales y subjetivos son poco fiables en la medida que son inverificables, irrepetibles e inconmensurables de acuerdo a los estándares tradicionales: son entradas desafían la cuantificación y por ende, al no ser científicas son rotuladas como subjetivas (Lather, 1986b). Muchas teóricas feministas han abogado por la revisión del significado de la objetividad, y así ser capaces de producir un conocimiento científico mejorado y responsable, que su objetivo sea la transformación del mundo hacia uno más justo e igualitario. Este debiese ser un objetivo transversal de la investigación feminista.

Sin embargo, la pregunta respecto a cómo producimos conocimientos confiables en paradigmas posteriores al positivismo persiste. En el fermento metodológico de la post-modernidad (Lather, 1986b) no hay fórmulas predefinidas ni para hacer un proceso de investigación, ni para hacer de éste un proceso *confiable* (Lather, 1986b). Es más, metodologías altamente prescriptivas pierden la perspectiva de proceso careciendo de una mirada reflexiva. La metodología, más que un listado de procedimientos debe ser una estrategia, un diseño que permite reflexionar sobre nuestras decisiones como investigadoras, siendo preferible –en pos de producir una investigación reflexiva– teorizar nuestras propias metodologías, por sobre usar *metodologías de estantería* (Chamberlain, 2012). Las perspectivas narrativas de investigación nos presentan una oportunidad favorable para ello en la medida que en éstas no es posible depender de una práctica codificada (Chamberlain, 2012).

Debemos tener en cuenta que la narrativa nos pone en un encuentro sujeto a sujeto en el

contexto de una investigación. Fox Keller (1991) sostiene que durante el siglo XIX fue cuando el término objetividad giró por última vez hacia su comprensión contemporánea. La ciencia moderna no solo eliminó la presencia de la científica, sino también su ausencia. Si percibimos la ausencia de la científica, aún podemos observar su investigación por medio de su perspectiva. Solo eliminando la presencia y la ausencia de la científica es posible transformar el objeto científico en meramente un hecho, dejando atrás cualquier tipo de contexto (Fox Keller, 1991). La propuesta feminista en la producción de conocimiento exige la creación de nuevas metáforas (Fox Keller, 1991; Haraway, 1991), y la idea un encuentro sujeto a sujeto por medio de la narrativa es un paso adelante en esa dirección. Esta idea no solo implica comprender a las participantes como algo más que un objeto de investigación, entendiendo que la subjetividad opera como un concepto de doble filo en la investigación narrativa. Me gustaría primero delinear algunas ideas respecto a la subjetividad en la línea de la investigación en psicología a partir de algunas propuestas de Gough y Madill (2012), para luego pasar a este doble filo de la subjetividad en la investigación narrativa.

Algunas corrientes *mainstream* en la investigación narrativa han caracterizado al sujeto como un experto en su propia experiencia (Polkinghorne, 1988). Diferentes técnicas de entrevista para producir narrativas e historias han sido sometidas a la interpretación con el objetivo de conocer la vida psíquica de los individuos tras esas creaciones. Sin embargo estas perspectivas han sido criticadas al no considerar el contexto social donde este sujeto está situado. Otros abordajes influenciados por el socioconstruccionismo y el giro lingüístico, permiten comprender al sujeto y a su agencia como localizados en contextos políticos, sociales y culturales (Gough y Madill, 2012).

Según Gough y Madill (2012) existe una tensión considerable entre la psicología social y los estudios psico-sociales para determinar la naturaleza y el tipo de interpretación de la subjetividad, pero sin embargo un terreno común entre ambas favorece un abordaje donde los seres humanos estamos sujetos a una serie de diferentes fuerzas (régimenes ideológicos, deseos inconsciente, etc.) y las narrativas de los individuos solo llegan a mostrar la superficie de aquellas tensiones. Dentro de la psicología crítica la subjetividad es definida como compleja, fluida y construida en relación al contexto personal, al interpersonal y social (Gough y Madill, 2012). La subjetividad, similar a una narrativa, no es reducible a una construcción social o psíquica, sino que se teje en el límite de lo psíquico y lo social. Estas similitudes entre ambas no son producto del azar. Previamente he discutido que las narrativas no vienen desde ningún lugar, no son creadas de la nada; siempre hay un sujeto tras su producción. Esta aseveración no está equivocada, pero tampoco está completa. El doble filo de la narrativa radica en que está mutuamente implicada con la subjetividad (Cabruja et al., 2000). Mientras que la subjetividad es condición para una producción narrativa, al mismo tiempo la narrativa puede redefinir nuestra posición subjetiva, en tanto tiene un poder estructurante: el mundo se reconstruye en la medida que los sujetos hablan, escriben o discuten sobre él (Cabruja et al., 2000; Potter, 1998).

La narrativa es un concepto límite entre lo individual y lo social, convirtiéndola en un punto de encuentro para la acción conjunta entre diferentes sujetos (Cabruja et al., 2000). A través de la creación y la comunicación de historias por medio de una narrativa es posible coordinar acciones sociales, y lo hacemos en los límites que nuestros contextos lo permiten. Los efectos y resultados de estas acciones conjuntas no son siempre posibles de prever, los efectos de estas acciones son involuntarios e impredecibles (Cabruja et al.,

2000). Así el proceso de investigación no debe ser pasado por alto, ya que las formas en que construimos el conocimiento afecta profundamente la investigación y por lo tanto también lo que conocemos (Ropers-Huilman y Winters, 2011). Es por esto que la investigación feminista se dedica a mirar los procesos de forma detenida, como única forma de tener responsabilidad sobre sus resultados. Si consideramos los procesos en la investigación narrativa, debemos mirar los siguientes asuntos teóricos:

- Las narrativas no son transmitidas sino comunicadas, siendo interpretativas, comunicativas y performativas (Rodríguez, 2002). Un alto grado de narratividad hará de la narrativa un texto intensamente interpretativo, que puede transformar la narrativa en un texto conmovedor. Por medio de la interpretación somos capaces de conectar con las historias y darles significado, contribuyendo a la permanente re-construcción del mundo (Rodríguez, 2002).

- La narrativa como acción conjunta pivota sobre otros temas de la psicología social como la memoria, lo que se recuerda, lo que se olvida. Las formas en que argumentamos y producimos una narrativa también es un asunto sobre el poder, en tanto pueden mantener o modificar el orden social (Cabruja et al., 2000). Este tema es especialmente sensible en tanto afecta muchos otros aspectos y contextos de investigación, haciendo el tema del poder en la narrativa un asunto complejo.

- Reconocer la narrativa como una acción conjunta también implica considerar que cualquier práctica narrativa tiene un grado de co-producción. Si consideramos la idea de la investigación narrativa como una praxis, las prácticas de construcción compartida en la narrativa con prácticas de co-producción de conocimiento. Así es necesario mirar con la misma relevancia la subjetividad de la participante como la de la investigadora.

Dicho esto, pareciera ser necesaria una perspectiva reflexiva sobre la narrativa en la investigación, ya que la reflexividad implica posicionarse sobre la subjetividad de participante e investigadora, un asunto que ha sido sistemáticamente desatendido por los paradigmas positivistas de investigación en la investigación psicológica (Gough y Madill, 2012). Fox Keller (1991) explicó cómo nuestra propia constitución subjetiva está influenciada por un esquema de género. La fractura sujeto-objeto termina también por alienar al self en relación a sus contextos sociales y culturales, como condición de la autonomía psíquica. Así, para reconocer los contextos y las conexiones situadas desde las cuales se produce el conocimiento, es necesario mirar la ciencia como una práctica social, al mismo tiempo que reconocemos en la subjetividad un actor fundamental para el desarrollo científico producido por una conciencia humana (Fox Keller, 1994). En este punto es de donde emerge la reflexividad como dispositivo para diferenciar las ciencias naturales de las ciencias sociales (Gough y Madill, 2012). Mientras que psicólogas y sociólogas están sujetas a las fuerzas psíquicas y a los fenómenos sociales que estudian, “una física, como ser humano, no está significativamente influenciada por un campo electromagnético”<sup>4</sup> (Gough y Madill, 2012, p. 379). Si bien es una buena idea fomentar el uso de la reflexividad en cualquier contexto de investigación<sup>5</sup>, las ciencias sociales tienen demandas propias como disciplinas diferenciadas, las cuales hacen fundamental la inclusión de la reflexividad como un aspecto clave del proceso de investigación que nos permite no solo transparentar la agenda de la investigadora, sino también incluir sus motivaciones, experiencias y perspectivas anteriores respecto al tema de estudio (Finlay y Gough, 2003).

---

<sup>4</sup> La cita original del texto se encuentra en inglés, y ha sido traducida por mí, de forma puntual, para facilitar la lectura de la oración.

<sup>5</sup> El objetivo de fomentar estas prácticas radica en responsabilizar a quienes producen el conocimiento respecto a sus procesos, como también democratizar y hacer transparentes las agendas de investigación.

La idea misma de reflexividad ha sido creada para producir conocimientos más confiables en un contexto post-positivista. Para Lather (1986a) dejar fuera la subjetividad de la investigadora del proceso de investigación, no es nada más que una forma ingenua de empirismo. Una práctica reflexiva no intenta desestimar datos para crear conocimientos subjetivos (en el sentido peyorativo del concepto). Muchas autoras feministas, como Haraway con los conocimientos situados y Harding con el punto de vista feminista, abogan en favor de revisar la idea de objetividad, en este sentido la reflexividad no ignora datos en favor de una teoría más conveniente. En vez, la reflexividad mejora nuestros datos, los hace más creíbles, protege nuestra investigación y nuestras producciones teóricas (Lather, 1986b). Estar consciente de la reflexividad es reconocer cómo nuestra propia subjetividad da forma y constriñe nuestra visión del mundo (Kaufman, 2013).

La reflexividad sin embargo no es una cosa fácil de hacer o de practicar. En primer lugar porque décadas de ciencia positivista y el lugar hegemónico que aún ostenta en el plano científico, ha dañado significativamente nuestras posibilidades de incluirnos a nosotras mismas de forma subjetiva en nuestra investigación. Incluso cuando intentamos ser reflexivas, una de las grandes dificultades es evitar pensar que hay una motivación o verdad última tras nuestras metodologías. Este es un residuo del paradigma positivista (Gough, 2003). En segundo lugar, la reflexividad reconoce la subjetividad como un complejo: los seres humanos no somos transparentes a nosotros mismos y estamos sujetos a diferentes fuerzas, ya sean del inconsciente o de los discursos sociales prevalecientes (Gough, 2003; Gough y Madill, 2012). Tercero, siempre está el problema de perder el control y el poder sobre nuestra investigación. Un enfoque irreflexivo niega la potencial influencia de la investigadora sobre las participantes, consecuentemente

ignorando las relaciones de poder entre ambos (Kaufman, 2013), manteniendo el status quo en la relación. Por el contrario, un abordaje reflexivo reconoce las relaciones de poder entre participante e investigadora, obligándonos a reflexionar sobre cómo nuestra presencia cambia y estructura el proceso y sus resultados.

Considerando las dificultades que la reflexividad puede tener en su implementación ¿qué estrategias podemos desarrollar en nuestra investigación para establecer prácticas más reflexivas? Sin existir *recetas* para esto, se pueden encontrar algunas guías en las prácticas co-constructivas (Lather, 1986b): la triangulación de información, el reciclaje de datos, prácticas de co-escritura. Parker (2003) plantea que ha sido el mismísimo giro narrativo en parte responsable de que podamos trabajar con la subjetividad, por sobre tratarla como una molestia o como un lujo. La escritura, no solo sobre nuestra investigación, sino también sobre nosotras mismas, permite establecer cuentas sobre la reflexividad. Dado que la escritura tiene una naturaleza indeterminada y contradictoria en la psicología (Parker, 2003), disminuye las posibilidades de terminar prescribiendo un tipo de subjetividad en favor de interrogar cómo nuestra subjetividad se forma y afecta nuestras relaciones. Kaufman (2013) también considera las prácticas de escritura de narrativas paralelas al proceso de investigación como una forma de fomentar la reflexividad. Ésta, como la escritura, no es automática. Ambas son habilidades que deben ser desarrolladas durante el tiempo. La escritura es un ejercicio que requiere la práctica del pensamiento y la reflexión sobre nuestro trabajo y nosotros mismos. Volcar esto en una escritura narrativa nos da la oportunidad de practicar el pensamiento crítico y la reflexión (Kaufman, 2013). La narrativa provee un lugar donde podemos plasmar nuestros pensamientos de forma pública o privada. La reflexividad puede (y debe) ser practicada en ambos, dándonos la oportunidad de transmitir aquello que no nos es cómodo de

expresar oralmente. Este sería el sello de la reflexividad según Kaufman (2013): la promoción de prácticas autocríticas introspectivas.

No hay recetas de cocina ni procedimientos precocidos para la reflexividad, ni para su definición ni para su práctica. Lo que cuenta es encontrar estrategias para análisis reflexivos, con el objetivo de ayudar a contextualizar nuestras relaciones como investigadoras con los fenómenos que ocupan nuestra atención científica y académica (Gough y Madill, 2012).

### **Palabras finales**

La investigación narrativa es más que una metodología. Es una perspectiva sobre los fenómenos psico-sociales que transmiten muchas y diferentes discusiones de lo metodológico y lo epistemológico. El abordaje que he hecho de estos temas durante este artículo, ha tenido como objetivo proveer ciertos elementos que permitan teorizar sobre los aspectos metodológicos de la investigación narrativa, desde el punto de vista que nos proveen las epistemologías feministas, en la producción de conocimientos que contribuyan a la construcción de un mundo más igualitario y justo.

En este sentido las perspectivas narrativas de investigación, como un esfuerzo en el área de la investigación feminista, no pueden ser un método prescriptivo. Lather (1986a) dirá que más que establecer una nueva ortodoxia, debemos experimentar, documentar y compartir esfuerzo hacia una investigación emancipatoria. En el corazón de la investigación narrativa encontraremos un esfuerzo por co-construir y compartir el conocimiento, incrustado en el fermento postmoderno de las metodologías críticas en ciencias sociales.

Comprender la narrativa como algo más que lo metodológico permite a las investigadoras desarrollar sus propias perspectivas sobre la investigación narrativa, que influenciada por la investigación feminista, sus propuestas epistemológicas y sus reflexiones metodológicas, debe apuntar a la narrativa y sus usos como prácticas de investigación emancipatorias. Debemos considerar no solo cómo un abordaje narrativo cambia nuestra relación con los participantes, sino también cómo esta perspectiva cambia la relación hacia nuestro trabajo. Las narrativas están en deuda con su contexto sociocultural, que pone en un alcance narrativo los diferentes discursos que definen un orden social (Cabruja et al., 2000). Es importante recordar que las narrativas tienen la posibilidad de mantener el orden o subvertirlo, de ahí la importancia de considerar una posible práctica feminista de la investigación narrativa. La narrativa entonces no solo debe ser una práctica para escribir textos de campos o artículos académicos, puede ser también una práctica reflexiva que nos ayuda a tomar una postura crítica hacia nosotras mismas y respecto a nuestra investigación, ayudándonos a evitar algo que la ciencia positivista ha descuidado: mirar no solo el producto final, sino también el proceso.

## Referencias

- Adams, T. (2008). A review of narrative ethics. *Qualitative Inquiry*, 14(2), 175–194.
- Adams, T. (2011). Telling stories: reflexivity, queer theory and autoethnography. *Cultural Studies/Critical Methodologies*, 11(2), 108–116.
- Balash, M., y Montenegro, M. (2003). Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas. (L. Gómez, Ed.) *Encuentros en Psicología Social*, 1(3), 44–48.
- Bamberg, M. (2012). Narrative Analysis. In H. Cooper (Ed.), *APA Handbook of Research Methods in Psychology* (Vols. 1-3, Vol. 2). Washington DC: APA Press.

- Bauer, M. (1996). The narrative interview: comments on a technique of qualitative data collection. In *Papers in Social Research Methods*. Londres: London School of Economics and Political Science - Methodology Institute .
- Bruner, J. (1991). *Actos de Significado*. Madrid: Alianza Editorial.
- Cabruja, T., Íñiguez, L., y Vázquez, F. (2000). Cómo construimos el mundo: relativismo, espacios de relación y narratividad. *Anàlisi*, (25), 61–94.
- Carsten Stahl, B. (2008). The ethical nature of critical research in information systems. *Information Systems Journal*, 18(2), 137–163.
- Chamberlain, K. (2012). Do you really need a methodology? *QMIP Bulletin*, (13), 59–63.
- Code, L. (1981). Is the Sex of the Knower Epistemologically Significant? *Metaphilosophy*, 12, 267–276.
- Czarniawska, B. (2004). *Narratives in Social Science Research*. London: SAGE Publications.
- Day Sclatter, S. (2003). What is the subject? *Narrative Inquiry*, 13(2), 312–330.
- Denzin, N., y Lincoln, Y. (2000). *Handbook of qualitative research*. London: SAGE Publications.
- Doucet, A. y Mauthner, N.S. (2006). Feminist Methodologies and Epistemology. En Clifton D. Bryant y Dennis L. Peck (Eds.) *Handbook of 21st Century Sociology*. Thousand Oaks, CA : Sage.
- Elliott, J. (2005). *Using narrative in social research*. London: SAGE Publications.
- Esteban-Guitart, M. (2012). Towards a multimethodological approach to identification of funds of identity, small stories and master narratives. *Narrative Inquiry*, 22(1), 173–180.
- Finlay, L., y Gough, B. (2003). Prologue. In L. Finlay y B. Gough (Eds.), *Reflexivity: a practical guide for researchers in health and social sciences*. Oxford: Blackwell Science.

- Fisher, W. (1989). Clarifying the narrative paradigm. *Communication Monographs*, (56), 55–58.
- Fox Keller, E. (1991). *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia: Editorial Alfons el Magnànim.
- Fox Keller, E. (1994). La paradoja de la subjetividad científica. En D. Fried Schnitman (Ed.), *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad* (pp. 143–182). Buenos Aires: Paidós.
- Garay, A., Íñiguez, L., y Martínez, L. (2005). La perspectiva discursiva en psicología social. *Subjetividad y Procesos Cognitivos*, (7), 105–130.
- González Monteagudo, J. (2011). Jerome Bruner and the challenges of the narrative turn: Then and now. *Narrative Inquiry*, 21(2), 295–302.
- Gorlier, J. (2008). *¿Confiar en el relato? Narración, comunidad, disidencia*. Mar del Plata: Editorial Fudem.
- Gough, B. (2003). Deconstructing reflexivity. In L. Finlay y B. Gough (Eds.), *Reflexivity: a practical guide for researchers in health and social sciences* (pp. 21–36). Oxford: Blackwell Science.
- Gough, B., y MAdill, A. (2012). Subjectivity in psychological research: from problem to prospect. *Psychological Methods*, 17(3), 374–384.
- Haraway, D. (1988). Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of the partial perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575–599.
- Harding, S. (1996). ¿Existe un método feminista? En E. Bernal (Trans.), *Feminism and methodology: social sciences issues* (pp. 1–14). Milton Keynes: Open University Press.
- Harding, S. (2006). *Science and social inequality. Feminist and postcolonial issues*. USA: University of Illinois Press.
- Hyvärinen, M. (2012). Prototypes, genres and concepts: travelling with narratives. *Narrative Works: Issues, Investigations, y Interventions*, 2(1), 10–32.

- Íñiguez, L., y Antaki, C. (1994). El análisis del discurso en Psicología Social. *Boletín de Psicología*, (44), 57–75.
- Kaufman, P. (2013). Scribo Ergo Cogito: Reflexivity through Writing. *Teaching Sociology*, 41(1), 70–81.
- Kohler Riessman, C. (2001). Analysis of personal narratives. En J. Gubrium y J. Holstein (Eds.), *The SAGE Handbook of Interview Research: The Complexity of the Craft*. USA: SAGE Publications.
- Lather, P. (1986a). Issues of validity in openly ideological research: between a rock and a soft place. *Interchange*, 17(4), 14–35.
- Lather, P. (1986b). Research as Praxis. *Harvard Educational Review*, 17(4), 257–277.
- Morson, G. S. (n.d.). Narrativeness. *New Literary History*, 34(1), 59–73.
- Parker, I. (1999). Critical psychology; critical links. *Radical Psychology*, 1(1), 3–18.
- Parker, I. (2003). Psychoanalytic narratives: Writing the self into contemporary cultural phenomena. *Narrative Inquiry*, 13(2), 301-315. *human sciences*. US: State University of New York.
- Peterson, E., y Langellier, K. (2006). The performance turn in narrative studies. *Narrative Inquiry*, 16(1), 173–180.
- Polkinghorne, D. (1988). *Narrative knowing and the human sciences*. Albany: State University of New York Press.
- Potter, J. (1998). *La representación social de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Pérez, E. (2008). Mitos, creencias y valores: cómo hacer más <<científica>> la ciencia; cómo hacer la <<realidad>> más real. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, (38), 77–100.
- Ramazanoglu, C. y Holland, J. (2002). *Feminist methodology: Challenges and Choices*.

Londres: Sage.

Rich, A. (2001). Apuntes para una política de la posición. En A. Rich, *Sangre, pan y poesía. Prosa escogida: 1979-1985* (pp. 205-222). Barcelona: Icaria.

Richards, J. (2011). "Every Word is true": Stories of our experiences in a qualitative course. *The Qualitative Report*, 16(3), 782–819. Recuperado de <http://www.nova.edu/ssss/QR/QR16-3/richards.pdf>

Rodriguez, A. (2002). Redefining our understanding of narrative. *The Qualitative Report*, 7(1). Recuperado de <http://www.nova.edu/ssss/QR/QR71/rodriguez.html>

Ropers-Huilman, R., y Winters, K. (2011). Feminist research on higher education. *The Journal of Higher Education*, 82(6), 667–690.

Autor. (2013). Violencia y masculinidad: una aproximación narrativa al problema de la violencia contra adolescentes varones [79 párrafos]. *Forum Qualitative Sozialforschung/Forum: Qualitative Social Research*, 15(1), Art. 2. Recuperado de <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs140128>.

Skeggs, B. (1994). Situating the Production of Feminist Ethnography. En M. Maynard y J. Purvis (Eds), *Researching Women's Lives from a Feminist Perspective* (pp. 72–92). Londres: Taylor y Francis

Sparkes, A., y Devís, J. (2007). Investigación narrativa y sus formas de análisis: una visión desde la educación física y el deporte. En W. Moreno y S. Pulido (Eds.), *Educación, Cuerpo y Ciudad: El cuerpo en las interacciones sociales* (pp. 43–68). Medellín: Funámbulos Editores.

Striano, M. (2012). Reconstructing narrative: A new paradigm for narrative research and practice. *Narrative Inquiry*, 22(1), 147–154.

## Formato de citación

---

Schongut, N. (2015). Perspectiva narrativa e investigación feminista: posibilidades y desafíos metodológicos. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*. 5 (1) 110 - 148.

Disponible en: <http://revista.psico.edu.uy/>

---